

KIU-KIU

Era un lindo atardecer de aquel día primaveral de 1940.

El sol se escondía detrás del frondoso aguacate del jardín de la casa del pequeño Valdo y de doña Ana, su madre.

Era una familia humilde, pero muy rica en amor cristiano.

Valdo terminó sus deberes de la escuela y estaba barriendo las hojas secas de los alrededores de su casa.

Esa era su colaboración diaria para ayudar a su mamaíta dona Ana.

De lejos escuchaba como su madre lo llamaba.

- “Valdo, eh Valdo”!
- Ven aquí, hijo mío!
- Valdo, siempre me haces muy feliz!
- Ah! Si todos los niños fuesen obedientes y pacíficos como tu eres, el mundo no tendría guerras jamás!

Y sonriendo feliz a su amado hijo Valdo, continuaba...

- Como barriste tan bien alrededor de la casa, juntaste todas las hojas secas del aguacate, tengo una sorpresa para ti.

Y girándose, cogió una pequeña caja. Poco podía ver lo que contenía... solamente se oía... kiu...kiu...kiu...

Valdo estaba muy curioso.

He aquí que su madre le pone en las manos la cajita de cartón conteniendo en su interior una cría de tico-tico, que había caído del nido que fue construido en la esquina izquierda del tejado.

Cayó justamente sobre el blando de las bellas hojas y flores rojas y azuladas del vaso de geranios, que estaba bajo la ventana de la cocina, al abrigo de la lluvia y del viento.

Como que la madre del pajarito no apareció durante todo el día, la cría seguramente iba a morir de hambre, sino fuera por la bondad y atención de doña Ana.

Tanto se movió en el nido, el pobre pajarito, que acabó cayendo. Había una gran posibilidad de que el gato Jubalu hubiese pillado a la madre y entonces el hijito estaría huérfano.

Con seguridad que había ocurrido eso.

Doña Ana dijo a Valdo:

- ¿Te gustaría alimentar al frágil pajarito hasta que él pueda cuidar de si mismo?

Valdo inmediatamente respondió:

- “Si mamá”.

Cuidaré con mucho cariño antes y después de la escuela.

Y tampoco dejaré de hacer mis obligaciones para ayudarte, mamá!

- Te veo siempre tan cansada, no paras de trabajar ni un instante del día.

Doña Ana, con cariño, abrazó al hijo, besándole en lo alto de la cabeza y...sin que Valdo lo percibiese, una lágrima recorrió su rostro aún jovial.

Se acordó del feliz día de la llegada de su hijito Valdo en sus vida, de ella y de su esposo.

Cuantos planes hicieron para el desarrollo del pequeño.

Y Valdo les trajo mucha luz en el hogar. Una estrella de luz en las noches de sus vidas.

Habían sido sí, momentos de mucha alegría los cuales quedaron gravados en la memoria de doña Ana.

Pero junto a la alegría, las añoranzas rápidamente se manifestaban. Ya habían pasado 10 años desde que el esposo dejara el cuerpo físico.

Para no dejar que Valdo percibiera que entristecía, pone alegría en la voz, le da unas palmaditas en los hombros y dice:

- Ve a cuidar de tu cría de tico-tico, entregando a Valdo un platito con el alimento del pajarito. Yo voy a terminar de lavar esas ropas y después voy a cocer el pan.

-

- Gracias a Dios, tenemos una gran comanda de pan casero para esta semana, hijo mío.

Hum! Hum!

Hizo Valdo, levantando la punta de la nariz hacia arriba, oliendo el aire! El sabía muy bien que el pan que su madre hacía en casa, con sus manos tan pequeñas, tenía muchos ingredientes buenos, pero lo más importante, es que ella siempre añadía mucho amor a lo que hacía.

Hum! Hum! El pan era una delicia.

Y una vez por semana había pan fresquito y oloroso, que Valdo, saboreaba con mucho gusto.

Doña Ana vendía algunos, que eran las encomiendas semanales. Con ese dinero mantenía actualizado el pago del alquiler de la casa y aún ayudaba en los otros gatos diarios.

Saltando y feliz, Valdo va hacia el jardín. Coloca sobre el banco de tablas de peroba, la cajita con el pajarito que le llamó Kiu-Kiu... porque era así que el pajarito hacía... Kiu...kiu...kiu.

Empezó a alimentarlo con las migajas hechas de harina de trigo mezclado con agua tibia, que su madre había preparado.

Kiu...kiu...kiu...y otra vez... kiu...kiu...kiu con ello, parecía que la cría de tico-tico quería agradecer a Valdo el extremado cariño con que lo estaba cuidando.

En aquella tarde, él terminó de barrer todo el patio, se sentó en el banco de tablas de perobas, bajo el aguacate, puso la cajita con el Kiu-Kiu en el cuello y empezó a conversar con el Kiu-Kiu... como hacemos, de vez en cuando, con nuestro perrito o gatito, o incluso con nuestras plantas.

- Vaya!...Kiu-Kiu...que penita que te quedaras sin tu mamita... Yo tengo a mi mamá, pero me quede sin mi papá...

- Mi mamá dijo que él está muy bien donde está y que un día nos vamos a encontrar nuevamente.

- Yo casi no conocí a mi papá, lo echo de menos. A veces, él viene en los sueños y nos reímos bastante, él me cuenta bonitas historias de donde él está. Y creo que allí es muy bonito y también hay pajaritos.

Valdo, así de absorto, conversando con su nuevo amiguito, sintió la presencia de una compañía muy agradable, que le causó una sensación de bienestar. Él se giró y a su lado estaba un niño sonriente, un indio de unos 8 años.

Sin atemorizarse, le preguntó Valdo:

-“ ¿Quién eres? ¿Cómo entraste en el patio? ¿Quieres alguna cosa? ¿Hablaste con mi madre?”

El sonriente indito dijo a Valdo. Calma, mi querido amiguito. Voy a responder a todas tus preguntas.

- “Yo conozco a tu padre y fue el quien me dijo que yo podía venir a hablar y jugar contigo”.

Los ojos de Valdo brillaron tan intensamente al tiempo en que le iba diciendo al recién llegado:

- ¿Cómo te llamas, de donde conoces a mi padre, como ha pasado?, ¡me lo cuentas despacito, por favor!

El indito con mucha calma y una alegría en el corazón, que se podía sentir, dijo a Valdo:

- Me llamo Jaguaraçu, que quiere decir: "Onza Grande". Soy un Espíritu. Tengo el permiso de venir a visitarte después de que acabes con tus deberes de la escuela y las que te manda doña Ana.

Prosiguiendo con su voz muy serena y con gran simpatía:

- Vengo acompañándote desde antes de que nacieras. Como que estudiáis la filosofía espírita, puedes entender lo que estoy diciendo.

- ¡Soy tu Ángel Guardián!

- ¡Caramba!... dijo Valdo!

- Un Ángel Guardián niño como yo!!!

- Y encima es un espíritu que habla, que puede jugar, ¡que ya me conoce! Yo pensé que un Ángel Guardián sería alto, que llevaría ropas azules, que llevaría una luz brillante alrededor, pelo dorado...y tu no tienes nada de eso y eres un indio... y...

E ese instante Jaguaraçu interrumpió a Valdo que emocionado, no paraba de hablar y dijo...

- ¿...y que llevase alas? Ja! Ja! Ja!, rió el indiecito!

Valdo respondió:

- Yo se que no existen ángeles con alas. Mi madre ya me contó que los espíritus somos nosotros mismos.

- Espíritus buenos, son hombres y mujeres que hicieron todo el bien que podían aquí en la Tierra y cuando retornan al plano Espiritual adquieren el progreso y siempre se preocupan de ayudar a la Humanidad.

- ¡Eso mismo, dijo Jaguaraçu!

- Veo que las lecciones de las clases de Moral Cristiana están guardadas en tu mente y estás adquiriendo mucho progreso espiritual con ello. Cuando aprendemos las enseñanzas de Jesús y las ponemos en práctica, estamos todos progresando.

Y así estuvieron conversando un rato.

Cuando doña Ana Llamó a Valdo para la merienda, ya que por la noche tenían el Evangelio en el Hogar, Jaguaraçu se despidió y dijo que por la noche participaría del Evangelio, orando con ellos.

Valdo estaba tan feliz por el acontecimiento.

Como que él siempre tenía el hábito de conversar con su mamá Ana, le contó lo ocurrido en el patio, bajo el frondoso aguacate.

Doña Ana, sonrió amorosamente y agradeció a Dios aquella bendición.

Explicó a Valdo que él demostraba el inicio de la mediumnidad y que eso era muy normal en muchos niños.

Le explico también que, cuando los padres tienen el conocimiento espírita es más fácil para el niño y para los padres entender lo que pasa y hay un comportamiento calmado, dedicado hacia el niño.

El hogar sin esa base, tiende a ir hacia el lado de los disturbios, o de no prestar atención a los niños.

Dijo doña Ana:

- Valdo, hijo mío, casi todos los niños tienen un “amiguito invisible”. Lo que ocurre es que con algunos niños este acontecimiento está muy marcado y con otros menos.

- Es más conocido por “amigo invisible”, que decir el “amiguito espíritu” o “amiguito fantasma”, porque las personas todavía no están muy interesadas en conocer realmente ese acontecimiento. Algunos padres prefieren ignorar que investigar para conocer mejor el asunto.

Fue una conversación agradable entre Valdo y doña Ana, como siempre ocurría.

Bien, durante los días siguientes, allá estaban los dos amiguitos conversando, sonriendo, jugando.

Jaguaruaçu venía a jugar con Valdo en el jardín de su casa todos los días. El indiecito aparentaba tener unos 8 años. Los dos amiguitos jugaban sin percibir el pasar de las horas.

Subían a los árboles, corrían por el jardín, cogían pequeñas maderas para ayudar a doña Ana a mantener encendido el fogón de leña, especialmente en los días que ella asaba los panes.

Doña Ana no veía a Jaguaruaçu, pero observaba cuan feliz estaba su hijo con el amiguito.

Estaban siempre inventando nuevos y saludables juegos.

Unas veces adornaban el jardín, barrían el césped, regaban las plantas del huerto, las pequeñas verduras que brotaban en la tierra abonada, en los terrenos preparados por las benditas manos de doña Ana...

...o cogiendo los brillantes y rojos tomates para la comida.

Otras veces cogían ramas tiernas de los árboles y florecitas para hacer un ramillete perfumado para doña Ana.

Por navidad, recogían musgo y hojas para adornar los pesebres.

Como que Valdo era habilidoso, él mismo confeccionaba las figuras navideñas en barro y después las pintaba.

Los pesebres que Valdo creaba eran preciosos. Y como admiraban las figuras de barro que él mismo pintaba.

Valdo casi no alcanzaba a cumplir los pedidos que los clientes de su madre le hacían.

Eran figuritas de José, María, de los animalitos para componer el Pesebre.

Con ello ellos ganaban dinero y doña Ana se atrevía a hacer un extra comprando panetone en la ciudad para el día de Navidad.

Valdo no dejaba día sin estar con su amigo Jaguaraçu bajo el aguacate.

Y así pasaron los años.

Valdo creció en este sencillo ambiente, humilde, fraterno e iluminado de su hogar, manteniendo la intimidad total con la Doctrina Espírita con la Mediumnidad.

Un día, cuando Valdo terminó las deberes de la escuela y acabó de hacer las tareas del hogar, al llegar al banco de perobas bajo el aguacate, su amiguito Jaguaraçu já estaba allí esperándolo.

Jaguaraçu estaba un poco diferente, más serio.

Dijo a Valdo:

- De hoy en adelante no vendré más con esta apariencia, mi querido amigo Valdo.

- Tenemos trabajos que hacer y ya no subiremos a los árboles ni recogeremos ramitas ni correremos por el jardín.

- Vamos a trabajar juntos, Valdo.

- Yo te inspiraré para que escribas y tú lo recibirás a través del pensamiento. Haremos este ejercicio durante un buen tiempo y después te diré lo que hacer cuando llegue la hora.

Pasó bastante tiempo.

En su saludable y caritativo comportamiento, y siempre familiarizado con todos los Espíritus que le venían a traer comunicaciones, cuentos, poemas... Valdo atendía muy bien la inspiración espiritual.

Escribió su primer libro de poemas, dictado por entero por Benefactores de Luz.

Y así continuó nuestro querido Valdo.

El pequeño Jaguaraçu tendría guarida en la memoria de Valdo, pues él fue el instrumento de los ejercicios de mediumnidad cuando Valdo era aún un crío, preparándolo para la Mies de Amor que tendría que realizar en su futuro.

Su madre Ana fue su amiga y consejera durante todo el tiempo en que estuvieron juntos.

Los años fueron pasando!

En una bonita tarde, cuando el sol ponía sus últimos rayos por detrás del inmenso aguacate, doña Ana cansada de las tareas en el plano físico, fue llamada por los Benefactores al merecido descanso en el plano espiritual.

El tiempo corrió deprisa.

Y al final de un precioso día de verano, cuando el sol depositaba sus últimos rayos por detrás de un inmenso y envejecido aguacate que quedaba en el patio de la escuela, donde un día había sido el jardín de su casa, allí estaba nuestro querido Valdo, contando una bella historia para los niños pobres del barrio.

Enseñaba nuestro Valdo, las más bellas lecciones de amor y fraternidad.

Ese día, el finalizó una de las historietas diciendo:

- ...y entonces...Doña Ana, con seguridad, es un ángel de luz en forma de una indita, ayudando a muchos niños y niñas que, como yo cuando era niño, tuvieron la felicidad de tener un hogar cristiano con padres esclarecidos de los valores de la Doctrina Espírita

- Esa Doctrina de Amor, son las enseñanzas de Jesús, que fueron recitadas con sabiduría por los Espíritus Benefactores a un profesor allá en Francia, el señor Allan Kardec. Un día les contaré toda la historia del pequeño Rivail al hombre Kardec.

Pues si, la Doctrina Espírita, mis queridos alumnos, es la mayor base de luz para todos los corazones esclarecidos caritativos y racionales y que quieren, un día, llegar a Dios por el camino del amor y de la caridad!

FIN

Elsa Rossi

Traducción: Johnny M. Moix – Reus - España

derechos de autor

elsarossikardec@gmail.com

www.elsarossi.com

2008